

UN MOMENTO DIFÍCIL

¿Una guerra de blancos contra negros?

¿Es posible una guerra de negros contra blancos en el Sur de África? Ese fantasma hace sus puntuales apariciones desde el principio de la década de los sesenta; cada vez tiene más corporeidad, y ahora se le considera muy próximo a materializarse. Rhodesia ha visto crecer últimamente la actividad de los guerrilleros negros: ha emprendido una campaña de represalias, ha cerrado la frontera con Zambia y ha solicitado ayuda de Sudáfrica: el gobierno de Zambia asegura que cuatro mil soldados del ejército sudafricano han cruzado la frontera de Rhodesia para ayudarle en sus operaciones de represión y quizá para efectuar un ataque directo a Zambia.

Se sabe lo que producen estas operaciones de represión, y se ha tenido un ejemplo muy claro en la reciente guerra de Vietnam: el castigo sobre las aldeas acusadas de haber albergado o dado información a los prisioneros —castigo que se realiza legalmente en forma de multas impuestas por los comisionados provinciales, sin necesidad de tribunales, y por detenciones de sospechosos, pero que pueden revestir formas ilegales por iniciativa de los propios soldados—, multiplica el número de rebeldes o resistentes. En cuanto al cierre de fronteras con Zambia, parece que se ha vuelto en contra de la propia Rhodesia. Zambia estaba utilizando los ferrocarriles de Rhodesia para el transporte hacia la exportación de sus materias primas, y Rhodesia creía que este cierre de fronteras podría producir un bloqueo económico, pero inesperadamente se ha encontrado con que los portugueses de Angola y Mozambique están ayudando a Zambia a salir de ese bloqueo. 15.000 toneladas de cobre de Zambia han salido de África por el puerto de Lobito, y 50.000 toneladas de productos importados por Zambia han llegado por el mismo conducto.

Sucede, al parecer, que Portugal, e incluso África del Sur, temen que Rhodesia esté llevando demasiado lejos su política y que pueda arrastrarle a un desastre de consecuencias imprevisibles. Hasta ahora, la tesis era la de que los Estados blancos —Rhodesia, Sudáfrica y las provincias portuguesas— hacían un frente común a la ola negra. La división comienza a aparecer. Incluso el envío sudafricano de cuatro mil soldados podría aparecer como una forma de controlar por sí mismos la situación, evitando que las fuerzas rhodesianas vayan más allá de lo deseable. En las últimas se-

manas se han intercambiado disparos en la frontera de Zambia y Rhodesia, por encima del río Zambeze. Un incidente fronterizo grave podría precipitar esa guerra de negros contra blancos, que se está temiendo desde hace tanto tiempo.

Quizá Rhodesia tenga que escalar sus operaciones para modificar una situación que cada vez le es más adversa. Las sanciones económicas dictadas por la ONU, aun no siendo efectivas más que en un porcentaje muy reducido —los Estados Unidos han declarado oficialmente que habían violado estas disposiciones de la ONU—, han causado dificultades en su economía, y las acciones subversivas de los guerrilleros van en aumento. La táctica de estas guerrillas —que, según Rhodesia, están siendo adiestradas por los chinos en Tanzania— se realiza sobre todo con el ánimo de sumar a la subversión a las poblaciones negras, pero evitando el enfrentamiento directo con las fuerzas armadas blancas. La naturaleza del país —sobre todo, en las zonas montañosas próximas al río Zambeze— pueden favorecer estas tácticas guerrilleras, que se dice que están perfectamente armadas, incluso con lanzacohetes,



Patrulla antiterrorista, transportada en helicóptero, actúa en la frontera de Rhodesia con Zambia.

y que realizan operaciones de escaso valor estratégico, pero de gran valor psicológico.

Las consecuencias de un estado de subversión generalizado en Rhodesia serían importantísimas. La población blanca dominante es de 250.000 personas, aproximadamente; la negra sobrepasa los cinco millones. En Sudáfrica, la proporción es parecida. Pero, además de ello, las repúblicas negras del continente africano que están amenazando desde hace años a los regímenes racistas y minoritarios de esos dos países, decidirían fácilmente su intervención directa en cuanto vieran posible el triunfo de la rebelión de los negros.

■ J. A.

JAPON

EL P. C. SALE A LA LUZ

Con treinta y ocho escaños en el Parlamento, los comunistas japoneses se convierten en una fuerza política.

«Sorprendente»: así, con un laconismo no totalmente exento de aprehensión, ha calificado Kakuei Tanaka el progreso del partido comunista japonés en las elecciones del 10 de diciembre. Con un 10,5 por 100 del total de los votos, el partido ha pasado de catorce a treinta y ocho escaños. El PCJ se convierte de este modo en el segundo partido de oposición en el Japón, después del socialista (ciento dieciocho escaños), otro gran triunfador en las últimas elecciones.

Fundado en 1922, cinco años después de la revolución de octubre y un año antes que el partido comunista chino, el PCJ sólo ha tenido existencia legal a partir de 1945. En esa fecha, dos hombres, Tokuda y Shiga, que habían pasado dieciocho años en

los calabozos de las cárceles imperiales, deciden, en unión de Sanso Nosaka, compañero de Mao Tse-Tung en Yenan, reformar el partido. A partir de 1949, el PCJ cuenta treinta y cinco escaños en la Dieta. La abierta hostilidad de Pekín y Moscú hacia el PCJ arrastra a éste a una política de independencia y de nacionalismo, encarnada por un hombre, Kenji Miyamoto, y concretamente en el año 1966, con ocasión del Décimo Congreso.

Mientras tanto se produce un movimiento basculante: en el año 1964 los comunistas japoneses rechazan la coexistencia pacífica, rompen con Moscú y se ponen de parte de Pekín. Dos años más tarde el movimiento se invierte: Miyamoto se niega a firmar un acuerdo que pretende ex-

cluir a Moscú de una acción conjunta en Vietnam. El PCJ rompe con Pekín. Desde entonces tienden a mejorar las relaciones con los soviéticos, aunque en Moscú causa cierta irritación la campaña electoral del PCJ, que, jugando la baza nacionalista, exige de la URSS la devolución de la totalidad del archipiélago de las Kuriles. Pekín, por su parte, no ha cesado desde 1966 sus virulentos ataques contra los comunistas japoneses. Comentando las elecciones japonesas, el «Diario del Pueblo» del 13 del pasado diciembre, mientras se felicita de la victoria del PLD, que entraña una nueva orientación de la política exterior japonesa, se guarda bien de mencionar el avance de los comunistas.

Con trescientos mil miembros (entre ellos, un 60 por 100 de jóvenes obreros), el PCJ representa esencialmente para los japoneses una acción concreta a nivel local y una respuesta válida a los problemas cotidianos: contaminación, especulación del suelo, precios... Esto explica los éxitos comunistas en todos los grandes centros urbanos: Tokio, Osaka, Kioto, aunque también en ciertos sectores agrícolas, ahora amenazados por el plan de industrialización del Gabinete Tanaka.

El PCJ es el primer sorprendido de la magnitud de su victoria: no preveía más de treinta escaños en el mejor de los casos. Convertido en una fuerza política con la que hay que contar, el PCJ tratará de aproximarse al partido socialista, en vista de la constitución de un frente unido de los partidos de oposición, del que podrían formar parte incluso los partidos no marxistas (partido socialdemócrata y Komeito).

El partido socialista hace tiempo que optó por distanciarse del PCJ temiendo que su ala izquierda se inclinase peligrosamente del lado comunista en una posible coalición. Además, la exigua representación parlamentaria del PCJ no constituía una aportación suficiente para animar a los socialistas a asumir tamaño riesgo.

Por todo ello, las alianzas se han limitado hasta la fecha al nivel local: todas las grandes ciudades del Japón tienen gobiernos elegidos por alguna coalición socialcomunista. Sin embargo, el reciente y espectacular auge de los comunistas y el hundimiento de los partidos «centristas» (Kometo y partido socialdemócrata) im-

pedirán que los socialistas sigan mirando al partido comunista por encima del hombro. El éxito del PCJ —el más importante de toda su historia— constituye, pues, la primera oportunidad, la primera oportunidad auténtica de la izquierda japonesa. Nuevos quebraderos de cabeza para el primer ministro. ■ PHILIPPE PONS.

ITALIA

EL «CONGRESO MÁGICO» DE LOS FASCISTAS

El X Congreso del MSI —Movimiento Social Italiano— ha sido, en definición de su jefe, Giorgio Almirante, "mágico". Tal vez la magia principal ha consistido en horadar el túnel del tiempo y volver el neofascismo a su estado original, el fascismo. "Somos fascistas —dijo uno de los delegados—, porque, si no lo fuésemos nosotros, ¿quiénes lo serían en esta tierra?". Quizá se le podrían suministrar algunos ejemplos de que su soledad no es tan absoluta.

El congreso de la "destra nazionale" reunía el MSI con el PDIUM —partido democrático italiano de Unidad monárquica—, que tampoco es neomonárquico, sino paleomonárquico: evoca la estrecha unión de la monarquía y el fascismo antes de la república de Saló. En 1970, Almirante había anunciado este congreso diciendo que, cuando se celebrase éste, el fascismo estaría "próximo al poder o en las trincheras". No ha sido así. Para la proximidad al poder por la vía parlamentaria faltaron votos. Almirante esperaba conseguir cien diputados en el Parlamento, y se quedó con cincuenta. Una cifra, de todas maneras, impresionante, que duplicaba la de elecciones anteriores y suponía que un italiano de cada diez votaba fascista. Pronostican ahora los observadores italianos que cuando haya elecciones de nuevo, el MSI habrá descendido de modo considerable, y probablemente por este X Congreso —"mágico"— o por la nueva línea adoptada. La línea anterior ofrecía un Movimiento Social parlamentario, moderno, relativamente negativo para los movimientos nostálgicos —aún ahora Almirante admite que una dúplica de Mussolini no podría conmover al pueblo—; la que sale de este Congreso es la de una afirmación del corporativismo y la implantación de un Estado autárquico y totalitario, tras derribar la democracia italiana.

Es posible que este regreso a las fuentes perdidas se deba, sobre todo, a un nuevo reforzamiento

de las ideas democráticas, que parece advertirse en Italia como en otras partes de Europa y que quizá sea más patente en el mundo al terminar la contracción forzada por la guerra de Vietnam. Es posible también que la nueva línea de Almirante se vea forzada por la necesidad de salir del punto muerto de su partido. No basta ahora, como antes, con el anti-comunismo para que el reflejo del miedo uniese a muchas gentes a los movimientos fascistas o para-fascistas.

La respuesta que ha provocado puede considerarse como de una gran repulsa. Aparte de la mala respuesta de los atentados y las explosiones ocasionadas por los grupos de la extrema izquierda de "fuera del sistema" —y algunos creen que estos atentados, o parte de ellos, han sido organizados por los propios fascistas—, la opinión pública, en general, y la prensa de todos los matices —salvo, claro está, los propios periódicos del MSI— han rechazado este regreso a un tiempo abolido y los excesos verbales de los congresistas —los llamamientos a la violencia y la reclamación de la "razón histórica" de su existencia—. La derecha, sobre todo, ha rechazado las formas fascistas —que marcan ya su distancia al denominarse "derecha nacional"— precisamente porque les parece el mayor obstáculo para su implantación propia. La derecha tiene hoy otras vías de expansión, de gobierno, de dominio, y sobre todo, de negocios, y necesita cada vez más un revestimiento democrático para todo ello. No está excluido que la forma ruda y tensa del fascismo, lo que una vez representó Mussolini, vaya a aparecer alguna vez en el futuro; pero si se sabe que no es este el momento oportuno. Sin embargo, esa derecha moderada —el partido liberal— no participó en la manifestación callejera en la Jornada Nacional Antifascista, celebrada el mismo día en que se inauguraba el X Congreso. Todos los demás partidos democráticos de Italia se sumaron. ■ J. A.

Los Contem pora neos

«Siempre me había parecido el humorismo una forma degradada de literatura», escribe Rafael Sánchez Ferlosio. Adiós, Aristófanes, adiós. Adiós, Shakespeare y Dickens.

EL ESPEJO DEL LOBO

Adiós, Cervantes, Arcipreste, Quevedo, Larra. Adiós, quizá, «Alfanhuí». Lei aquella obra admirable del joven Ferlosio como una creación del más delicado y del más inteligente humor. Quizá sardónico. (La sardinia es un reanículo de pequeña flor amarilla. Su jugo es altamente venenoso y produce un espasmo que los médicos llaman «risa sardónica». De ahí viene todo.) No había, entonces, tal humor. O tal vez Ferlosio es humorista sin saberlo, como el burgués gentilhomme —adiós, Molière, adiós...— que hablaba, sin saberlo, en prosa. ¿Sería solamente el «Alfanhuí» una degradación literaria del humor? Prefiero no enterarme. Toda la tersa belleza que encontré en aquel libro me parecería ahora como escalofriada y triste.

Muchas personas, muchas situaciones de la vida nacional, parecen encontrarse ahora en esa curiosa situación: producir tumor sin saberlo. Es lo que se llama «comicidad». Esto es, propio de la comedia. O de la farsa. En la comedia, en la farsa, en el «vaudeville», los personajes viven intensamente; tan intensa, tan desesperadamente como los de la tragedia. Pero sólo de candilejas para adentro. De candilejas para afuera producen, en lugar de horror y piedad como en la tragedia, una cierta risa. Y es porque los espectadores no dejan nunca de ser espectadores. Todo el esfuerzo del teatro moderno consiste en que el espectador deje de serlo y participe. Se sume a la acción. Cierta política quiere lo contrario. Trata de producir el mayor número posible de espectadores y el menor de protagonistas. Un pueblo de espectadores, un pueblo de consumidores: no se sienten concernidos por el espectáculo. Los protagonistas de esa política ahuecan su voz dentro de las máscaras —dentro de los

micrófonos—, exageran su estatura con los colurnos y se esfuerzan en agitar unos peplos que no mueve el viento del aire libre, porque el ágora —negando su nombre— tiene

puertas. Puertas cerradas. Y todo va teniendo un cierto humor patético, el de la sonrisa de Nietzsche («¿Quién vería tu sonrisa sin deshacerse en lágrimas?», decía Zarathustra). Nietzsche, adiós. La mayor broma de aquel humorista genial fue que le salieran como herederos, de un costado, el anarquista ceñudo y egoísta —no el alegre, el anarquista buen hombre y jocundo—, y el nazi, siniestro hasta cuando quería ser alegre.

Nuestras generaciones de espectadores están dejando de serlo, de alguna manera; y si de alguna manera comienzan a sentir que participan es por la vía del humor. Los caricaturistas, hasta los montaraces y bravos de «Hermano Lobo», apenas están ofreciendo algo más que daguerrotipos de la realidad. Apuntes del natural. Cuando la realidad es cómica, el arte es cómico.

Quizá la realidad comience a darse cuenta de que el espejo no lo pasea Stendhal a lo largo del camino —Ferlosio detuvo una vez un espejo nítido, puro, implacable, a la orilla del río Jarama: estaba reflejando una generación de espectadores. ¿La suya?—, sino Forges, Chumy, Summers, Ops, Perich, Máximo, Mingote. Quizá la realidad pueda advertir en algún momento que está imitando al arte (adiós, Oscar Wilde, adiós prisionero de la cárcel de Reading por una sociedad que no tenía humor), y comience a darse cuenta de su propia comicidad. Quizá la sociedad comience, así, a modificar sus actitudes, a entrar dentro de la seriedad, por la única forma posible, que es la de salirse de la falsa seriedad.

Están ustedes autorizados a considerar esta esperanza como una forma de humor. Sardónico. La esperanza humana, ¿no es algo profundamente humorístico.

POZUELO